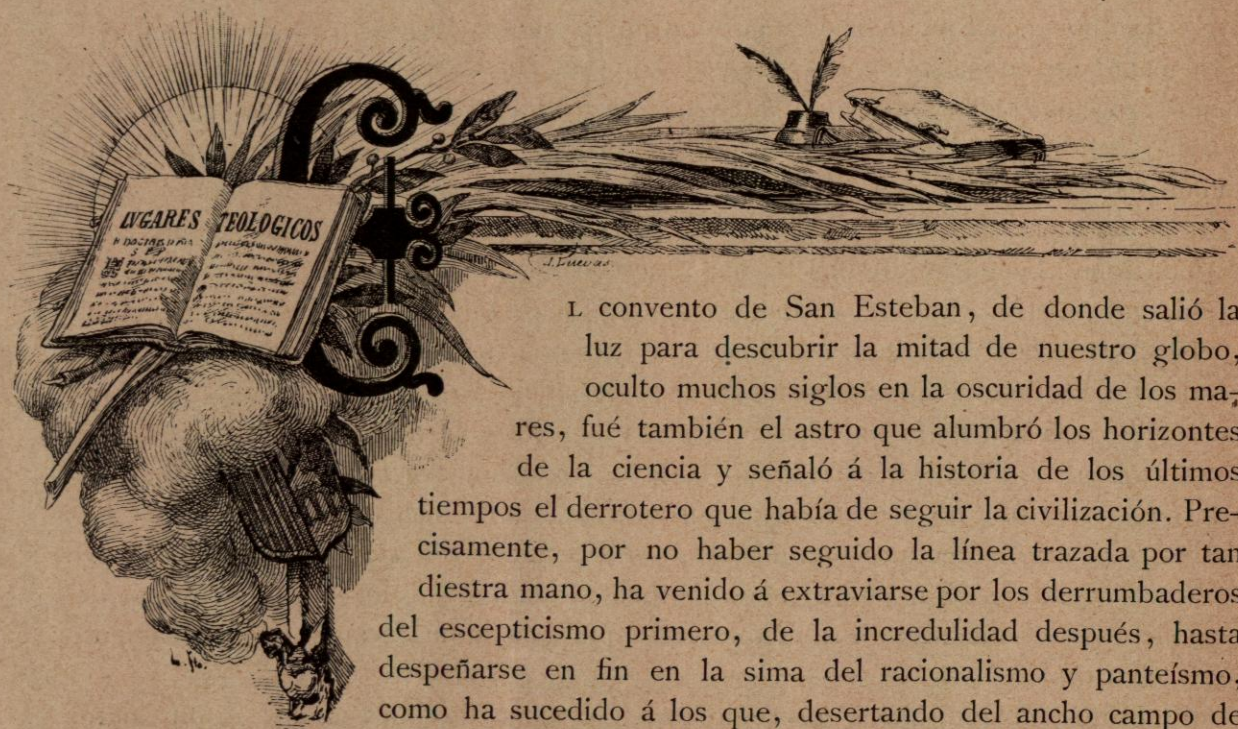


SAN ESTEBAN DE SALAMANCA

III



El convento de San Esteban, de donde salió la luz para descubrir la mitad de nuestro globo, oculto muchos siglos en la oscuridad de los mares, fué también el astro que alumbró los horizontes de la ciencia y señaló á la historia de los últimos tiempos el derrotero que había de seguir la civilización. Precisamente, por no haber seguido la línea trazada por tan diestra mano, ha venido á extraviarse por los derrumbaderos del escepticismo primero, de la incredulidad después, hasta despeñarse en fin en la sima del racionalismo y panteísmo, como ha sucedido á los que, desertando del ancho campo de la Iglesia, han seguido las banderas de la rebelión que enarboló el apóstata de Witemberg. Y aquí es donde resalta principalmente la gloria del convento dominicano que albergó en su seno al Colón de la cosmografía. Él produjo otros genios descubridores de Indias más ricas que el nuevo continente, cuanto es más sublime el mundo de las ideas que el de la materia, cuanto es más interesante aun á la historia del género humano la cristianización y colonización de los indios que su mismo descubrimiento y predominio. No basta que el genio descubra y el guerrero conquiste; es necesario además que el fraile evangelice y los reyes promulguen leyes que asemejen las condiciones de las colonias á la vida de la madre patria, para que sea completa la obra de la civilización y el curso de la historia. Pues para que nada falte á la honra de la casa que hospedó al marino, además de haber sido la primera

en organizar una misión permanente para llevar la fe á los indios, aunque no en enviar misioneros, de lo que no podemos ocuparnos por ahora, fué sin embargo el fecundo plantel de donde brotaron los genios destinados á dar nuevo giro á las ciencias correlativas, á esos dos grandes fenómenos históricos. Estos son Melchor Cano, el Colón de la ciencia de Dios, que enfrente del protestantismo, en Europa dirige á los sabios en sus especulaciones, y en América al misionero que la evangeliza; y Domingo Soto, Colón de la ciencia del derecho que, al lado de una diplomacia estrecha y mezquina, había de dar impulso y nuevo giro al derecho civil, político é internacional, y servir de guía á las tan desconocidas como sapientísimas leyes de Indias. Principiaremos por el fundador de los *Lugares Teológicos*. Pero no vamos ahora á referir una biografía que ha tomado de su cuenta D. Fermín Caballero, á la cual bajo el aspecto crítico-histórico nada podríamos añadir nosotros. Tampoco vamos á exponer el contenido de una obra que es bien conocida en las escuelas y anda en mano de todos; siguiendo nuestro plan, nos limitamos á señalar el influjo que ejercieron los célebres *Lugares Teológicos* en la ciencia y civilización europea.

La Teología católica, única que merece este nombre, es una vasta síntesis, que abarcando el mundo sobrenatural por Dios revelado, y sus altas relaciones con el orden de la naturaleza conocido por la razón, está tan lógica y armónicamente construída, que la negación de una verdad trae consigo la ruina de las otras, hasta que perdiéndose en el vacío del racionalismo, en último resultado viene á caer en el panteísmo moderno, verdadero antítesis de la Teología, por ser la negación absoluta de toda verdad, ó sea la monstruosa confusión del mundo, del hombre y de Dios. Pero este mutuo enlace de la doctrina revelada y aquella contradicción con el panteísmo racionalista, que hoy son claros á los ojos de todo hombre científico, á la aparición del protestantismo no lo eran tanto, porque sólo á la luz siniestra del abismo que han abierto los errores modernos en el terreno especulativo de la ciencia y en el práctico de la sociedad, es como se ha conocido toda la sublimidad del edificio religioso del catolicismo y el inmenso é insondable vacío que deja su ausencia en el entendimiento y el corazón.

El protestantismo, pues, procedió torpe, ó como diríamos ahora, inconscientemente en su trabajo de demolición; y Lutero no tiene otro mérito, que el de un deudor tramposo, que con cada negación, contrae una deuda nueva, para extinguir la anteriormente contraída al gran acreedor de la verdad. Lo admirable en él es sólo su atrevimiento *inaudito* en la obra de la demolición; es un loco que entra en un almacén de combustible con la mecha en la mano; para que no se le haga un cargo por los primeros siniestros, pone fuego al edificio y luego llama al mundo en torno suyo para que le vea arder. Así lo primero que ocasionalmente combate son las indulgencias, y para ello tiene que negar el purgatorio; pero como si perdonado el pecado nada resta que purgar, no hay obras meritorias ni satisfactorias, Lutero sostiene en seguida que son inútiles las obras buenas. De aquí á despojar al hombre de toda actividad no hay más que un paso, y Lutero avanza sin titubear en el extraviado

camino; y como para cohonestar esta inactividad del hombre hay que hacerle perder la voluntad libre, Lutero no se detiene y arranca al hombre el libre albedrío bajo el supuesto de que por el pecado original se ha vuelto esencialmente malo y está bajo la tiranía del mal.

Ahora bien; á un hombre sin actividad y manchado y corrompido sustancialmente, la gracia no le transforma, convirtiéndole de pecador en justo; bástale apropiarse los méritos de Cristo por medio del instrumento de la fe, ó más bien por la no imputación del pecado, único lazo que le une con el Redentor. Y si el hombre se une directamente con él Redentor por la fe y sin intermedio de los Sacramentos y del sacerdote, ni necesita de canal por donde reciba la gracia, ni de magisterio que le enseñe la doctrina revelada; inútiles son los Sacramentos instituídos por Jesucristo para conferir la gracia, en vano las Escrituras, de cuyo Canon pueden segregarse los libros que no estén conformes con la razón; es decir, con la razón delirante de Lutero. He aquí la obra del maestro de Witemberg: aunque lleno de contradicciones y sembrado de ruinas no sólo en el orden sobrenatural de la redención, sino aun en el natural de la razón humana, en todo ese proceso de la idea protestante sólo se ve al hombre osado que niega y derriba sin discernimiento; no hay ni una idea que dé luz á la ciencia, ni mucho menos un sistema de ideas, sobre el cual pueda fundarse una síntesis. El protestantismo no es ciencia, ni religión, ni sistema, ni institución; es simplemente un acto de rebelión contra la Iglesia y un disolvente introducido en el cuerpo de la sociedad y de la civilización. Pero si el protestantismo arruinaba sin inteligencia, los teólogos, sus primeros impugnadores, aunque seguros en la idea y fuertes y contundentes en el ataque, no descubrieron á primera vista todo el alcance del error, que aun hoy mismo se oculta á los protestantes y á todo el que no ha profundizado en las sublimes armonías de la fe y de la ciencia, de la religión y de la sociedad. Así es que considerándole como una de las muchas herejías que turbaron la Iglesia en tiempos pasados, se limitaban á impugnarle parcialmente y en detalle, cuando por ser la reunión de todas, ó más bien la herejía erigida en sistema, debía atacársele fundamentalmente y en su raíz.

Pues he aquí precisamente en lo que consiste el mérito de Cano. El autor de los *Lugares Teológicos* por entre el fárrago de delirios y negaciones parciales, descubre el fondo de racionalismo que la Reforma encerraba, y el tiempo y la lógica se habían de encargar de descubrir y desenvolver. En la mente de Cano, el protestantismo no es este error sobre las indulgencias, ó aquel otro sobre la justificación; es el trastorno completo de la fe, de la religión, de la Iglesia y de la Escritura; es la rebelión, es el desconcierto, es la ruina del orden sobrenatural velado todo con cierto respeto á la Santa Escritura y un caudal de erudición. Preciso es, por tanto, recomponer el edificio, poniendo cada pieza en su lugar; y este es el fin que se propone en sus inmortales *Lugares Teológicos*.

A la herejía erigida en sistema hay que oponer el ejército de la Fe, ordenado en batalla; á su cabeza están la Sagrada Escritura y su complemento la tradición, fuentes

de toda verdad revelada. Vienen en seguida la Iglesia, los Concilios y el Pontificado, sus custodios é intérpretes legítimos y autorizados, así como los Santos Padres, teólogos escolásticos y canonistas, que son los órganos de trasmisión y el eco de la doctrina enseñada constantemente. Y sin negar su puesto subsidiario á la razón, á los filósofos y á la historia, cada uno dentro de su esfera, y todos unidos armónicamente, contribuyen á la creación del majestuoso edificio, del cual sin excluir ninguna fuente ni criterio alguno de verdades, pueden formar parte, con tal que sean colocados en su grado jerárquico y en su respectivo lugar. He aquí el pensamiento del hijo más distinguido de San Esteban.

El Protestantismo debió temblar á la aparición de ese libro, que rasgando todos los velos descubría, poniendo de manifiesto, todo el vacío de su absurdidad. Los defensores de la antigua fe debieron asimismo saludar con un grito de alborozo esa idea luminosa, esa nueva táctica con que cogiendo bajo las plantas de una lógica irresistible al Proteo del error, se le podía reducir á su verdadera figura, que es la negación de toda verdad revelada. Desde Cano en adelante ya no hubo medio posible entre el completo organismo del orden sobrenatural, luz de la historia y norma de la civilización, y la ruina completa también de toda verdad revelada, y con ella la rotura de los lazos sociales, y la ruina de la civilización misma. Cano se anticipó tres siglos; y lo que hoy es claro á los ojos de todos los publicistas, fué para el religioso de San Esteban una luminosa y anticipada intuición. Tal es el primer mérito del inmortal libro. Pero todavía podemos considerar la obra de Cano bajo otro punto de vista interesante y trascendental, complemento en cierto modo del anterior.

La teología es una ciencia protogónica y trascendente á todos los ramos del saber humano, cuyo último peldaño en la escala de las ideas ocupa; pero es también una ciencia especial, que tiene sus fuentes correlativas, su propio criterio, una certeza superior fundada en las misteriosas claridades de la fe. Aunque en la esencia no puede cambiar, como que es la expresión de la eterna verdad revelada por Dios, es susceptible, no obstante, de ser expuesta y tratada con distinto método y de muy diferente forma y manera. Las obras de los Santos Padres bajo este aspecto distan mucho de la síntesis levantada por los grandes doctores del Escolasticismo; las fuentes donde ambos beben son las mismas, la Escritura y la tradición; pero el uso que de ellas se hace es acomodado á las necesidades de la ciencia y á las circunstancias del error que se combate. Por otra parte, así como antes de Aristóteles los hombres habían discernido rectamente, y aun descubierto nuevas verdades, y creado diversas ciencias, haciendo buen uso de los criterios humanos, sin conocer no obstante su esfera propia y respectivo valor, así había sucedido con la Teología. Todos los profesores de la ciencia sagrada se habían valido de los lugares y fuentes teológicas sin mezclarlos ni confundirlos; pero lo hacían sin darse cuenta de ello, sin pensar siquiera en todo su alcance, autoridad y extensión; citaban la Escritura, se apoyaban en la tradición, lo confirmaban con el dicho de un Santo Padre ó la decisión de un Concilio, y todo rectamente, colocando á cada uno en su puesto y lugar; pero lo hacían instintivamente,

digámoslo así, por el peso mismo de las cosas, más bien que por una científica y categórica clasificación; y aun se habían escrito tratados especiales sobre cada una de esas fuentes y criterios, pero sin que á ninguno se ocurriera la idea de ordenarles en grupos y categorías, según el orden de su respectivo valor y autoridad. Y he aquí el nuevo mérito de Cano: Aristóteles le dió la idea de los tópicos; en Santo Tomás vió como dibujados los teológicos, como él mismo confiesa; pero el modo de ordenarles, *rationem tractandi*, lo halló en su ingenio. Verdadero Aristóteles de la Teología, él trazó con diestra mano lo que podemos llamar las leyes del pensamiento, la lógica de la Teología. Discerniendo los criterios y su grado de certeza ó probabilidad, marcando una vez para siempre las reglas, el objeto, la forma en que cada uno se ha de usar con oportunidad; desde el precioso librito de Vicente de Lerins llamado el *Commonitorio* no hay una obra tan original en su orden como los *Lugares Teológicos* de Melchor Cano, así como después del teólogo salmanticense nada se ha añadido de nuevo á su punto de vista original.

Se les ha dado mayor extensión; se les ha enriquecido con nuevos datos; se han suscitado cuestiones parciales, aunque eruditas; pero la división de Cano y el orden con que están establecidos permanece intacto después de tres siglos. Más aún, al encontrarse los apologistas católicos con el protestantismo gastado y el nuevo error del racionalismo, han variado la táctica de impugnación; pero sin salir del círculo trazado por la mano del sabio dominico. El mismo Perrone, á quien pertenecen los honores de la jornada, reconociéndole como padre y fundador de la ciencia, al variar la táctica sigue, sin embargo, la misma clasificación; los que oportunamente llama instrumentos de la tradición no son más que los mismos lugares de Cano, ordenados de otro modo. El cuadro y la organización del ejército son distintos, pero la disciplina y evoluciones están marcadas por el salmantino de manera que no se pueden alterar. Dése á la lógica de Aristóteles esta ó la otra forma, siempre serán las categorías y las leyes del silogismo las descubiertas y trazadas por el filósofo de Estagira. Dése á los lugares teológicos este ó el otro giro, la lógica de la Teología ya no descubrirá otras reglas que las marcadas por el predilecto discípulo de Vitoria.

Y por último, Cano fundó la escuela de lo que podemos llamar autoridad é infalibilidad pontificia, no en el sentido de que fuera nueva la doctrina, ni el que antes de Cano se hubieran desconocido las prerrogativas del Primado pontificio. El teólogo de Tarancón busca los fundamentos en la Santa Escritura y constante tradición de la Iglesia, y ya hemos visto que Torquemada y Carvajal, y en general los maestros de Salamanca, han acudido siempre á defender las dotes del Pontificado. El mérito de Cano consiste en haberla establecido resueltamente y en su lugar propio, anticipándose tres siglos á la definición que en el presente ha dado el Concilio Vaticano. Con razón, pues, el P. Zeferino, en su folleto de *La infalibilidad pontificia*, califica de proféticas y de previsión científica aquellas palabras de Cano en que, preguntando si la Iglesia Romana puede degenerar como otras Iglesias, y la Silla Apostólica faltar á la fe de Cristo, dice: «No queremos prejuzgar aquí la sentencia de

la Iglesia; pero si la cuestión fuese llevada á un Concilio general, sería notado de herejía aquel error» ¹.

Concluimos nuestro juicio crítico sobre el célebre dominico de San Esteban con el autorizado del Sr. Dutari: «Por su naturaleza (de la obra), por la intención y por el desempeño del autor, crea el gusto de la verdadera Teología; pone á la vista sus fuentes y guía al teólogo paso á paso por el camino derecho para hallarla, sin torcerle por extravíos; es un criterio magistral que enseña á no confundir jamás la Teología falsa, superficial, puramente filosófica ó demasiado humana con la verdadera, con la sólida, con la grave y divina. Es una balanza donde se pesan por adarmes las doctrinas teológicas; es un contraste general donde se examinan los quilates de las pruebas teológicas y se separan al toque los metales preciosos de la escoria que la herejía y la inquietud de la razón humana han pretendido tantas veces introducir en el santuario de la ciencia» ².

ALEJANDRO DE LA TORRE

¹ *De locis*, lib. 6, cap. 7.

² Informe de la Univ. de Alcalá.

